

En busca de la excelencia

Baja revuelto el río de la ciencia española. Se recortan presupuestos que ya venían amputados de antemano, se retrasan proyectos ya aprobados, desaparecen grupos de investigación consolidados, se paralizan infraestructuras, se dejan sin renovar puestos ocupados por investigadores brillantes, se adelgaza el sistema en su conjunto hasta niveles pretéritos que parecían ya cosa prehistórica.

No es un descanso para tomar aliento, porque, como señalan voces autorizadas, cada paso atrás no se recupera con un mero paso adelante, sino que supone quedarse rezagado durante décadas. La ciencia es un tren de alta velocidad y el que pierde el ritmo queda descalificado.

Desde las instancias oficiales ya no se trata de negar lo que las cifras cantan, como ocurrió en los primeros años de retroceso, pero se asumen los recortes con un cambio de perspectiva: primar la excelencia en detrimento de la mediocridad. Como en la parábola bíblica de los talentos, al que más tenga se le dará aún más y al que poco tenga se le quitará incluso ese poco.

El buque insignia del nuevo planteamiento es el programa Severo Ochoa, por el que se destinan recursos adicionales a los centros seleccionados no tanto para financiar proyectos concretos como para poner en marcha acciones transversales: fortalecimiento de su estructura, dinamización de la actividad de sus miembros, creación de grupos específicos de investigación con participación de talentos del exterior, organización de eventos, impulso de las actividades de comunicación y divulgación... Durante cuatro años, cada centro recibe un millón de euros para semejantes objetivos, con el propósito de ayudarles a ser más competitivos respecto a sus equivalentes en los países más desarrollados.

“EN MUCHAS DISCIPLINAS O ÁREAS DE CONOCIMIENTO SE HA CONSEGUIDO ESTAR JUNTO A LA ÉLITE, PERO RARA VEZ SE HA FORMADO PARTE DE LA MISMA”

Para conseguir estar entre los elegidos, cada centro debe certificar un alto nivel de impacto y competitividad en su campo, no ya en el ámbito nacional, sino en relación con los centros más relevantes del escenario mundial, con los que debe mantener incluso acuerdos de colaboración e intercambio. Además, es condición necesaria el que se someta periódicamente a procesos de eva-

luación científica mediante comités científicos externos e independientes. Debe presentar también un programa estratégico que permita mantener su actividad investigadora en la frontera del conocimiento. La adecuación a los requisitos exigidos los evalúa un comité de expertos internacionales, entre los que se encuentran varios premios Nobel.

En la primera convocatoria, celebrada en el otoño de 2011, se seleccionaron los ocho primeros centros. La segunda tanda, formada por otros cinco centros, se incorporó en octubre de 2012, y otros más se irán añadiendo anualmente hasta un límite máximo de 40. A los cuatro años, cada centro podrá presentarse de nuevo para conseguir mantenerse en el grupo de los selectos escogidos, pero deberá demostrar que la propuesta inicial con la que consiguió ser elegido se ha llevado a cabo satisfactoriamente y presentar una nueva de suficiente enjundia y ambición para revalidar su categoría.

El concepto de excelencia que tanto se oye en boca de los políticos, fue propuesto en 1982 por Tom Peters y Robert Waterman, en su libro *In search of excellence*, dirigido al ámbito de la economía empresarial. La idea era que el éxito consiste en mantener siempre una meta inalcanzable que estimule la mejora constante de la calidad productiva y la competitividad de cada compañía. Convertida en un *best seller*, la obra extendió pronto el concepto a otros ámbitos, como el deporte, la educación y la ciencia, en los que se ha convertido en la fórmula mágica capaz de acreditar o descalificar la actividad de un científico, un grupo o un centro.

La investigación española ha conocido en el último cuarto de siglo, tras la aprobación de la Ley de la Ciencia y la puesta en marcha del Plan Nacional de I+D, un desarrollo extraordinario, salpicado de grandes zancadas y pequeños parones que han servido para estar más o menos en la posición que nuestro tamaño económico y social exigía. Pero el espacio ocupado por el conjunto de nuestros investigadores ha sido más bien central. En muchas disciplinas o áreas de conocimiento se ha conseguido estar junto a la élite, pero rara vez se ha formado parte de la misma. Hemos creado una clase media científica y es el momento de apostar por los talentos más brillantes y las fronteras más prometedoras. La sequía de premios Nobel españoles en ciencia es un síntoma de la categoría alcanzada, pero tampoco cabe olvidar que es difícil conseguir una ciencia de excelencia sin una ciencia mediana que la soporte, la nutra de talentos y lleve a cabo el trabajo menos brillante pero necesario para que el genio consiga brillar.

